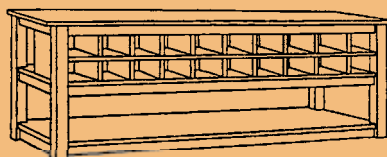


18

LABERINTOS

Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles

Año 2016



Presentación Manuel Aznar Soler / 3

Estudios, ensayos e investigaciones

Deportistas valencianos en el exilio (Recaredo Agulló Albuixech y Víctor Agulló Calatayud) / 7

1956: Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura (Manuel Aznar Soler) / 37

Juan David García Bacca: metafísica y creatividad en el exilio republicano (Alberto Ferrer García) / 57

Los Premios Formentor en el epistolario Aub/Barral: un diálogo entre orillas y nuevas perspectivas sobre la España franquista (Alessio Piras) / 77

Dominar el laberinto, salir de él: Crónica del alba, de Ramón J. Sender (Jean-Pierre Ressay) / 99

Dossier

El exilio republicano de 1939 y el hispanismo en Estados Unidos (coordinación: Fernando Larraz y José-Ramón López García) / 111

Presentación (Fernando Larraz y José-Ramón López García) / 111

La vida mutilada. Una lectura de las memorias de Isabel García Lorca (María-Dolores Albiac Blanco) / 117

Exiliados en Puerto Rico: el caso de Alfredo Matilla Jimeno (Lara Caride) / 143

Exilio e hispanismo norteamericano: cuatro paradigmas de interpretación (Sebastian Faber) / 159

Entre Estados Unidos y España: un puente literario y personal de Francisco Ayala a través de sus cartas inéditas a Ricardo Gullón (Olga Glondys) / 173

Galdós en el exilio norteamericano: José F. Montesinos, Joaquín Casaldueiro y Carlos Blanco Aguinaga (Fernando Larraz) / 191

Cosas de América: algunas notas sobre la experiencia de Arturo Serrano Plaja en Estados Unidos (José-Ramón López García) / 199

Los dos Unamunos de Carlos Blanco Aguinaga (Mario Martín Gijón) / 217

El legado del antifranquismo en Estados Unidos a través de la hispanista Shirley Mangini (Mar Trallero) / 235

El lirismo de la materia bruta: Pedro Salinas ante la gran urbe norteamericana (Natalia Vara Ferrero) / 243

Mesa redonda: Historia de un legado. El hispanismo norteamericano y el exilio de 1939 (Mari Paz Balibrea, Sebastian Faber, José-Carlos Mainer y Shirley Mangini) / 259

Cuarto Centenario Don Quijote (coordinación: Verónica Azcue) / 281

La gran aventura, un mito humanista desde el exilio: León Felipe, Cástor Narvarte y José Martín Elizondo (José Ángel Ascunce Arrieta) / 283

El Quijote que Ángel Gutiérrez soñó en Rusia (Verónica Azcue) / 295

Contrapuntos del caballo sin pedigree en León Felipe y en Pablo Picasso (José María Balcells) / 307

El Quijote en la obra crítica de Carlos Blanco Aguinaga (María Bueno Martínez) / 321

El Quijote en la reflexión y la pintura de Ramón Gaya (Laura Mariateresa Durante) / 333

El homenaje a Cervantes en la revista Realidad (1947): la construcción de una tercera vía al margen de la guerra político-cultural entre el Franquismo y el Exilio (Olga Glondys) / 341

El exilio de 1939, Cervantes y El Quijote en los campos editoriales argentino y mexicano (Fernando Larraz) / 355

Arturo Serrano Plaja y su visión comparatista de Don Quijote (Esther Lázaro) / 365

Los ballets Don Quijote en el exilio republicano de 1939 (Idoia Murga Castro) / 373

Lo que le sucedió a María Zambrano: Dulcinea (Isabel Navas Ocaña) / 389

El Don Quijote en tres relatos de El laberinto mágico de Max Aub (Alessio Piras) / 403

Olor de Santidad: una novela cervantina de Luisa Carnés, inédita (Neus Samblancat Miranda) / 415

El episodio de "la cabeza encantada" en la obra de José Bergamín (M^a Teresa Santa María) / 429

Identidad, Política e Historia en Don Quijote, Rey de España y Las Cortes republicanas durante la Guerra Civil, de Matilde de la Torre (Francisca Vilches-de Frutos) / 443

Textos y documentos

Compromiso antifascista y teatro de resistencia en el epistolario inédito de Álvaro de Orriols (Antonio Espejo Trenas) / 459

Mi José Bergamín (José Antonio González Casanova) / 490

México y la República española (José María Murià) / 494

Algunos textos inéditos de Arturo Perucho escritos en México y su breve reencuentro postal con Vicente Llorens Castillo (Josep Palomero) / 505

Acordes en el alma. Notas de las Memorias de Carlos Palacio García (Amparo Ranch) / 559

Llocs de la memòria

En busca de los exiliados españoles en Londres. Crónica de un viaje tras las huellas de la emigración liberal de 1823 (Germán Ramírez Aledón) / 607

Reseñas

Una deuda inexcusable (Cecilio Alonso) / 621

Personas, artistas y máscaras (Cecilio Alonso) / 627

La otra cara del exilio (Cecilio Alonso) / 633

Chemins de fer, chemins de sable. Los españoles del transahariano (Cecilio Alonso) / 637

Operación Stanbrook. Homenaje a la memoria republicana (Cecilio Alonso) / 644

Los nudos del quipu (José Ángel Ascunce) / 646

El último Arteta. Vida y creación en el exilio (Xesqui Castañer López) / 652

Jorge Semprún: memoria cultural y escritura (Beatriz Coca Méndez) / 656

El retorno artístico del patrimonio del exilio (Laura Mariateresa Durante) / 658

Edificar la cultura, construir identidad. El exilio español de 1939 en la Unión Soviética (M^a M. Garrido Caballero) / 660

Los nombres del exilio (Sònia Hernández) / 663

Dos exilios y un librero (Esther Lázaro) / 667

El intercambio epistolar de Max Aub con la España del interior (Esther Lázaro) / 671

Escenografía en el exilio republicano de 1939 (Raquel López Fernández) / 675

Ramón Gaya. El sentimiento della pittura (Alessio Piras) / 679

Sobrevivir en el exilio: la experiencia liberal (Germán Ramírez Aledón) / 681

Los rehenes del Alcázar de Toledo (José Ramón Saiz Viadero) / 688

El duende mal pensante. Aforística musarañera (M^a Teresa Santa María Fernández) / 691

De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas (Mar Trallero) / 694

Teatro de José Ricardo Morales (Yasmina Yousfi López) / 699

Varia

Representaciones de Mar de almendros, de Juan Luis Mira Candel, en Alicante (Cecilio Alonso) / 703

Guillermina Medrano y Rafael Supervía. De Washington a la Biblioteca Valenciana (José Ignacio Cruz) / 704

El archivo de Bernardo Giner de los Ríos, donado al Ateneo Español de México (José Ignacio Cruz y Santiago Muñoz) / 706



Historia de un legado. El hispanismo norteamericano y el exilio de 1939¹

Mesa redonda con la intervención de Mari Paz Balibrea (Birkbeck, University of London), José-Carlos Mainer (Universidad de Zaragoza) y Shirley Mangini (California State University, Long Beach), moderada por Sebastiaan Faber (Oberlin College).

Sebastiaan Faber: Buenas tardes. Es un placer y un honor estar aquí para moderar esta mesa de máximos expertos de lo que llamamos nuestro campo: Mari Paz Balibrea, José-Carlos Mainer y Shirley Mangini. Creo que son tres personas idóneas para hablar de este tema desde tres ángulos muy diferentes, por lo que espero que la mesa sea interesante, amena y, quizá, un poco “peleona”. Mi plan es realizar una breve presentación y pedir a los tres miembros de la mesa que realicen sus exposiciones para dar paso a esta discusión.

El hispanismo se puede definir como el estudio, generalmente universitario y desde fuera, aunque no siempre, de las cosas de España. Los hispanistas solemos ser guiris,

locos del Norte que venimos a estudiar a España, si bien en el caso de los exiliados españoles en Estados Unidos se trata de españoles “guiris”, agringados, que desde Estados Unidos estudian a España. El hispanismo del exilio que nos ocupa aquí es básicamente un nudo de intelectuales españoles salidos por la fuerza de su país, que tienen la suerte de acabar en Estados Unidos —o quizá mejor dicho, la suerte de que Estados Unidos les deje entrar. Españoles exiliados que se insertan, mal que bien, en un sistema universitario existente en el que, en su mayoría, a veces por defecto, acaban enseñando clases de lengua, literatura o lingüística españolas, aunque ellos mismos sean sociólogos, filósofos, escritores, poetas, músicos, etc. Su labor de enseñanza, de investigación y publicación tenía, en verdad, cuatro públicos, al menos en potencia: un público de estudiantes norteamericanos (con los que acaban casándose a veces); un público de intelectuales españoles ya exiliados como ellos; la comunidad intelectual norteamericana, es decir sus colegas angloparlantes del entorno estadounidense; y la comunidad intelectual de la España del interior.

Ahora bien, la trayectoria de este contingente intelectual se podría escribir simplemente en tanto que historia intelectual en sí. Dado que nos concierne esta historia

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación *La historia de la literatura española y el exilio republicano de 1939* [FFI2013-42431-P] financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

intelectual, podemos investigar estas vidas y obras sin otra justificación o móvil que el conocimiento puro: el saber por el saber. A decir verdad, sin embargo, yo siempre sospecho un poco de las intenciones desinteresadas en estos campos de humanidades en los que trabajamos, pues creo que si hay un interés por investigar es porque hay algo en ese campo de estudio, en ese objeto o figura del pasado, que creemos que nos puede decir alguna cosa en este presente. De ahí que pensemos fácilmente en ese pasado como un *legado*: algo que nos llega a las manos, que podemos asumir, que podemos hacer nuestro o que *es* nuestro por herencia legítima. Ya pensada como legado, la obra de estas mujeres y hombres en el exilio es, por tanto, recuperable o reconocible también por diferentes agentes herederos: norteamericanos, españoles, puertorriqueños, intelectuales o no intelectuales...

Al hablar de legados e impactos, por tanto, me parece importante reconocer, en primer lugar, esa diferencia de contextos que también corresponden a dos mundos institucionales muy diferentes. Por un lado, un mundo universitario norteamericano marcado por su gran tamaño (al estar formado por muchísimas universidades) y una gran dispersión geográfica, por una enorme diversidad institucional (en términos de calidad y de misión) y por una cultura relativamente democrática, incluso en los años cuarenta. Y, por otro lado, un mundo universitario español necesariamente menor, más centralizado y, probablemente, bastante más jerárquico.

Pero quizá la referencia más importante es tan obvia que se olvida: una cosa es enseñar a investigar sobre lo español —literatura, cultura e historia— dentro de España, donde no se necesita legitimación alguna para justificar ese objeto de estudio, ya que es casi una cuestión de Estado. Y otra cosa es hacerlo en un país como Estados Unidos, donde el hispanismo se ve obligado, dentro de las universidades, a competir con otros muchos posibles campos, incluidos otros campos que también se ocupan de áreas hispanohablantes como las de Latinoamérica. Esa competencia institucional se da en todas las áreas: puestos, fondos, estudiantes, planes de estudio. Por tanto, se puede imaginar el campo de actuación de los exiliados republicanos en Estados Unidos como un espacio de fuerte competencia, en el que hay que vender y promover su campo para crear o justificar su presencia.

Para esta mesa redonda José-Ramón y Fernando nos han preparado una lista de casi dos folios de temas que nos darían para tres días de discusión, para un libro o dos quizá, todos muy interesantes, pero imposibles de cubrir en esta mesa redonda. Entonces se me ha ocurrido para empezar la discusión pedirles a mis tres colegas en la mesa tres cosas. Primero, que nos explicaran brevemente cuál es su experiencia personal, vivencial, biográfica, con el exilio intelectual en Estados Unidos. Segundo, que de esa extensa lista de temas que nos facilitaron, resaltarán uno o dos de los que especialmente les interese hablar en este



contexto, aspectos que crean de mayor discusión, clichés que consideren merecen ser cuestionados... Y tercero que explicaran, sobre esos temas, en qué contextos sería bueno repensarlos: en un contexto español puramente académico, en un contexto español más amplio o, simplemente, en un contexto norteamericano. Porque si cabe decir que el legado del exilio republicano en Estados Unidos es grande e importante, allí también está olvidado o mal recordado.

Dejo aquí mi intervención y le doy la palabra a Mari Paz Balibrea. Mari Paz, para empezar, ¿cuál es tu conexión personal con este exilio?

Mari Paz Balibrea: Mi experiencia tiene que ver con mi propia marcha a Estados Unidos para estudiar mi doctorado, donde caí por casualidad en un departamento en el que había un exiliado republicano, Carlos Blanco Aguinaga. El impacto sísmico a nivel particular de esa relación, que no es sólo a nivel unipersonal sino que tiene que ver con todo el contexto en el que se da, se relaciona con el hecho de que, a través de Carlos Blanco Aguinaga, sabré sobre el exilio, del que, habiendo cursado una licenciatura de Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona, no había oído hablar nunca. Y además, una perspectiva que podríamos llamar marginal, exiliada, exílica, diferente... de la historia contemporánea española, diferente de la que yo traía por mi educación en España. Fue una experiencia al mismo tiempo alienante y

todo lo contrario, la de encontrarse una en el sur de California en un contexto completamente inopinado para hallar una historia de España que nunca me habían explicado y que alguien me explicaba en primera persona.

También quiero aclarar que el Departamento de Literatura de la Universidad de San Diego en el que trabajaba Carlos era un departamento vanguardista, como la misma universidad, cuya propia creación se había producido a principios de los años sesenta cuando se estaban generando al mismo tiempo todos los movimientos por los derechos civiles, etcétera. Es decir, hay toda una emergencia que culmina en un ámbito transnacional en mayo del 68, pero que ya está muy presente cuando se funda la Universidad de San Diego. Allí llega Carlos Blanco a participar en un proyecto que tiene que ver con hacer una universidad diferente, incluso con hacer un campo de la literatura muy diferente: allí había un Departamento de Literatura, no un departamento de español, otro de italiano, etc., y todo el mundo estaba junto porque se trataba de que se hablara en común, siendo por otra parte una universidad muy politizada. Carlos participaba centralmente. No sólo daba clases sino que, además, cuando se terciaba, salía y daba mítines. No hablaba sobre España, hablaba sobre lo que estuviera pasando y ya sabemos lo que estaba pasando en esa época. Es decir, que para mí todo eso era absolutamente nuevo. No había encontrado jamás esa posibilidad de

aprendizaje que se da en el aula y fuera del aula, fue algo muy importante en lo personal y sé que no lo fue sólo para mí.

José-Carlos Mainer: En mi caso hay que remontarse un poco en el tiempo al que se acaba de referir Mari Paz Balibrea. Mi tiempo es anterior, principios de los años sesenta. Yo estoy estudiando la carrera, me gusta escribir y publicar algo, y lo primero que publico que tenga una índole vagamente profesional es una reseña de un libro, aparecido en la colección El Puente, de Francisco Ayala. En aquel entonces existía el correo, las cartas que se mandaban a Estados Unidos y que se recibían de allí y que eran sobres especiales. Y a mí me escribió Francisco Ayala, que supo, leyó mi entusiasta reseña, le plugo y me escribió dándome las gracias, lo cual inició, no sé exactamente si una amistad, aunque creo que sí. Una amistad bastante estrecha que también me deparó, muy poco tiempo después, en el año 1971, que cuando Ayala firmó un contrato con Seix Barral para iniciar la publicación de lo que se podía leer de su obra en España, se me encargara, me encargaran él mismo y Carlos Barral, el prólogo que lleva la primera edición que se hizo de *Cazador en el alba y otras imaginaciones*, obra de la época vanguardista anterior a 1930. Luego he escrito más cosas sobre Ayala pero en un tiempo que es menos histórico al que me refiero.

Me pasó algo parecido con Max Aub. José Luis Cano, el formidable director de

Ínsula (entonces no lo era, simplemente secretario, el director era Enrique Canito), me facilitó los primeros tomos de las *Obras incompletas* de Max Aub que entonces publicaba Joaquín Mortiz. Aparte de eso, había leído bastantes cosas de Max Aub. Había logrado comprar algunas obras en librerías de viejo de Barcelona, también vendidas clandestinamente en librerías de nuevo, y leído otros libros en la Universidad de Zaragoza, en cuya biblioteca estaban los primeros volúmenes de *El laberinto mágico*. Entonces publiqué un artículo extenso en *Ínsula* titulado “Incompleto Max Aub”, que también a Max Aub le entusiasmó. Me escribió una carta larguísima que lamentablemente he perdido. Manolo Aznar me la pidió una vez para publicarla y puedo asegurar que era una carta preciosa, en la que Max Aub se burlaba un poco de mi entusiasmo y me corregía bastantes de las cosas que yo había dicho. La he perdido aunque conservo buena memoria de ella, y como era una carta manuscrita, no hay copia en el archivo de la Fundación Max Aub. Eso fue un poco mi bautismo en estos temas.

Luego conocí a mucha gente, muchos de ellos en el hogar de mi maestro José Manuel Bleca, en cuya casa, que yo recuerdo ahora, conocí a Vicente Llorens, por ejemplo, cuyos libros, claro está, habíamos leído porque estudiábamos en Barcelona y entonces se estudiaba allí la carrera bastante bien. Creo que también conocí allí a Carlos Blanco Aguinaga, aunque no sabría decirlo exactamente. Pero sí me acuerdo de



Llorens, de Claudio Guillén, de muchísima gente que pasaba por aquella casa. Y a algunos otros a los que conocí en otro lugar al que también, por c o por b, llegaba gente de fuera. Por ejemplo, a Joaquín Casaldueiro, ya muy mayor, y a Sacha, su esposa, los conocí en la Universidad de verano de Jaca, donde estaba también Eugenio de Nora, que se había retirado hacía no mucho de su cátedra en Berna, y donde asimismo venía don Rafael Lapesa, quien había estado en Estados Unidos en 1949 por primera vez. Con el tiempo publiqué, hace no mucho, una carta que Lapesa dirige a Amado Alonso y que es impresionante. En ella Amado Alonso le ha hecho mención de quéde-se usted y trabaje aquí tranquilamente, y Rafael Lapesa le dice que no, por patriotismo además. Escribe que tiene algo que hacer en España, que ir a Estados Unidos ha sido para él una experiencia extraordinaria y que el primer curso que ha podido dar allí fue muy agradable, pero que evidentemente en España hay que hacer algo por mantener la línea de continuidad del Centro de Estudios Históricos. Realmente, eso era lo mismo que, de algún modo, el jovencísimo Lapesa, recluta entonces del Ejército republicano, había hecho siendo el último custodio de la sede de la calle Duque de Medinaceli del Centro de Estudios Históricos. Él había guardado las llaves, había custodiado aquello mientras pudo. Las cosas no pintaron bien luego por razones obvias. Pero en 1949, un Lapesa que ya había estrenado la cátedra y que se ha-

bía liberado de cualquier sospecha política, evidentemente no quería volver a Estados Unidos. Y eso aunque allí estuviera un hombre al que admiraba profundamente, Américo Castro, que había sido además su maestro en años anteriores, y donde estaba el propio Amado Alonso, para quien Lapesa haría una labor de esas absolutamente admirables, que fue poner en limpio y acabar de escribir su libro sobre la historia de la pronunciación en español. Una cosa que no se subraya a menudo, pero que es uno de los ejemplos de ejercicio de compañerismo académico, de la concepción de esa tarea como una tarea colectiva, que, en el fondo, Lapesa había aprendido en los despachos del Centro de Estudios Históricos desde antes.

Así que de esa manera, trabajando sobre el exilio y a la vez trabajando sobre otra cosa que no tenía nada que ver pero sí tenía que ver, que era la reciente literatura latinoamericana, me hice en poco tiempo con una correspondencia bastante notable y marqué lo que iba a ser en gran medida, o por lo menos en los primeros años, mi porvenir y mi historial académico. Ese es mi testimonio, por así decirlo, de cómo entré en contacto con el exilio republicano en Estados Unidos. Lo demás lo he ido sabiendo después, más o menos.

Shirley Mangini: Primero voy a aclarar que, como sabemos todos, hay por así decirlo tres generaciones de exiliados. Los exiliados como Paco Ayala, que es el úni-

co al que personalmente conocí de los que llegaron así a Estados Unidos al igual que Juan Ramón Jiménez, etcétera. Luego están los hijos de estos primeros exiliados, como por ejemplo Manuel Durán o Carlos Blanco Aguinaga, que salieron de México para radicarse en Estados Unidos. Finalmente, la emigración del franquismo tardío, que ya no son exiliados propiamente, y que para mí son una experiencia personal que mantuve con Ángel González y la llamada “generación del 50”, la de los niños de la guerra del interior. Mi primera experiencia, pues, fue con esta emigración del franquismo tardío, cuando conocí a Ángel González, a José Ramón Marra-López, a Antonio Ferres, este último uno de esos casos como los que antes mencionaba Sebastiaan, un novelista que llega a Estados Unidos sin haber enseñado nunca y que, de repente, tiene que empezar a impartir cursos de literatura. A partir de ahí, voy a Texas, donde tendré como profesor a Ricardo Gullón y contactaré con Ramón J. Sender, que estaba viviendo en Nuevo México, o con Carlos Blanco Aguinaga, a quien ya conocía de mis visitas a España y a quien conocí mucho más cuando me trasladé a California. Después conocí a Manuel Durán en Yale, quien fue mi jefe de Departamento; a Claudio Guillén, que estaba en Harvard al igual que Marichal, al que conocí mucho menos, y a Nicolás Sánchez-Albornoz, que estaba en New York University... Creo, pues, que hay tres grupos sobre los que podríamos hablar, pero no me extendiendo más puesto

que la profesora Mar Trallero va a hablar sobre esta parte de mi vida en Estados Unidos en su intervención para esta Jornada.

SF: Muy bien. Teniendo en cuenta que estamos hablando de varias generaciones, de un país entero, de muchísimas figuras... ¿Hay algún tema de este legado tan diverso y complejo que os parezca que debe ser especialmente repensado, que valga la pena recuperar, recordar o brindar un significado nuevo?

MPB: Creo que los participantes en esta mesa podemos dar respuestas muy distintas, pues venimos de perspectivas muy diversas y podemos aportar visiones bastante diferentes. Yo incidiría más en el hispanismo en Estados Unidos que en su vuelta a aquí. Los mismos exiliados han tenido bastante mala prensa dentro del concepto de hispanismo, como bien sabes tú, Sebastiaan, que has escrito parte de la bibliografía sobre este tema. Es decir, el trabajo que ellos hacen conformándose a unas ciertas líneas, el no querer implicar en ninguna cuestión política, el incidir en estereotipos que perpetuaban mitos sobre el materialismo del Norte contra el espiritualismo o humanismo del Sur..., por no hablar de la relación con América Latina que, de momento, dejo de lado.

Hablando no como alguien que haya trabajado como investigadora estas cuestiones sino desde mi propia experiencia en mi relación con Carlos Blanco Aguinaga, como



persona que se formó también en Estados Unidos y que tiene conocimiento del campo hasta el día de hoy, me parece que no todo el mundo encaja en esos parámetros, cuestión que me parece oportuno señalar y que creo ha sido bastante silenciada. Por ejemplo, en Carlos Blanco Aguinaga había un profundo distanciamiento hacia lo norteamericano, pero no tenía nada que ver con, digamos, Ariel y Calibán. Tenía que ver con *Nuestra América* de José Martí, pues él era antigringo de una manera muy política, de una manera muy concreta y basada en la historia. Y eso le venía de haberse criado en México, de que se había juntado y luego casado con Iris Arévalo, una mujer muy feminista, muy concienciada políticamente y muy consciente del papel jugado por Estados Unidos en Latinoamérica. Entonces, desde que va muy joven a Estados Unidos con una beca a Harvard, su experiencia será la de alguien que, trayendo consigo lo del exilio, una especie de margen que llevará puesto siempre, con quien se va a identificar es con los negros, con los trabajadores. Y enseguida pasaremos a estar, no en la primera vez que viaja sino cuando regresa como profesor a Ohio, en el contexto de la caza de brujas. Todo eso que vive diariamente generará su politización durante sus años en la Johns Hopkins University, cuando reside en Baltimore a principios de los sesenta. Es entonces cuando, tras estallar la crisis de los misiles y demás, empieza a leer a Marx, según cuenta en sus memorias, y se convierte en marxista. Su distanciamien-

to, pues, no es el distanciamiento de la torre de marfil. Tenía una militancia concreta y eso lo trasladó de muchas maneras a su trabajo tanto académico como literario. A pesar de eso y de que desde aquí se pueda pensar tal cosa, después, cuando cambiaron los vientos y, por ejemplo, el estereotipo será que el hispanismo peninsular, como lo llaman en Estados Unidos, se metió en su ghetto al sentirse inmediatamente amenazado y acorralado con la llegada de los latinoamericanistas, territorialmente invadido, arrinconado y finalmente eliminado cuando vinieron los estudios chicanos..., en fin, eso no pasó así con Carlos Blanco Aguinaga. Él abrazó todos estos cambios y no los rechazó nunca. Nunca se cerró al campo del latinoamericanismo. Él era latinoamericano, él se sentía latinoamericano, él escribió los primeros artículos sobre Rulfo, él conocía personalmente a Cortázar o, evidentemente, a Carlos Fuentes de toda la vida. Ellos eran también su gente. Y de hecho, si ahora me preguntas por el legado del exilio republicano, por el legado perteneciente al exilio republicano de Carlos Blanco Aguinaga, en él estaría la creación de los estudios chicanos en Estados Unidos, cuya importancia nadie que vaya allí podrá pasar por alto. Por eso me parece que casi siempre se ha matizado muy poco, también porque los casos apenas se conocen, en ese desprecio hacia el llamado hispanismo peninsular como algo conservador y ensimismado.

JCM: Tomo como punto de partida lo que has dicho de ese conservadurismo que la labor de los exiliados aporta al hispanismo y voy a intentar darle alguna explicación adicional a lo que creo es un hecho puramente de época, de presión del propio país en el que se estaba. Estamos hablando de los Estados Unidos de los años cincuenta porque los exiliados que llegan, normalmente lo hacen de rebote ya que apenas arriban al país españoles exiliados del año 1939. Los primeros que llegan lo hacen ya a finales de los años cuarenta y en los cincuenta, habitualmente como un segundo destino. Se incorporan a una universidad que tiene unos parámetros muy definidos, en la que el hispanismo tiene un lugar muy concreto, en la que ya hay hispanistas brillantes, por otra parte, y se producen libros importantes. Un espacio al que evidentemente se acomodan.

Pero esto me ha hecho pensar en otra cosa que ha mencionado Shirley hace un momento. Es una migración que se renueva en oleadas sucesivas porque, no nos engañemos, es ya una emigración profesional. Por eso no es exactamente un exilio. Es más, en muchos casos, una emigración que busca un estatus profesional distinto. En unos casos porque, por ejemplo, en Argentina el horizonte de trabajo del Instituto que ahora se llama Amado Alonso, el Instituto de Filología, ve cortadas enteramente sus posibilidades de desarrollo por el peronismo y, en ese momento, el propio Amado Alonso y Raimundo Lida, como fi-

guras fundamentales pero no los únicos, se tienen que marchar de allí y se incorporan rápidamente a Estados Unidos, digamos por la cabeza. En el caso de los españoles que se han mencionado ocurre algo parecido: Francisco Ayala llegado de Puerto Rico, que viene a ser territorio federal por otra parte, Vicente Llorens..., se desplazan también en situaciones de cierto privilegio.

Sin embargo, en los años cincuenta y a finales de esa década, también se van a incorporar muchos otros españoles que, y no por razones exactamente políticas sino por razones puramente profesionales, han encontrado obliterado el desarrollo de su carrera universitaria en España. En un momento en que las cátedras de literatura, por ejemplo, no creo que correspondieran, si España tenía en aquel momento doce o catorce universidades, a más de doce o catorce catedráticos, de los cuales ahora podríamos hacer la cuenta de quiénes eran exactamente. Posiblemente, siete eran unos acémilas de mucho cuidado, unos estúpidos totales franquistas, pero otros siete eran estupendos. Entre estos otros siete estarían Fernando Lázaro Carreter, por ejemplo, o Rafael Lapesa o Dámaso Alonso, que había recuperado su cátedra, y otra mucha gente de valía indudable.

Sin embargo, qué podían hacer quienes como Gonzalo Sobejano, por ejemplo, había iniciado una carrera académica en Alemania; quienes como Ignacio Soldevila tenía que vivir de un sueldecillo que le daban en la Real Academia por hacer fichas para



el Diccionario académico (algo que creo que era, además, un enchufe que le había buscado Lapesa); u otras muchas personas, como Paco Ruiz Ramón, que había estado incluso de lector de español en países nórdicos, personas que estuvieron en muchísimos sitios y que acabarán en Estados Unidos. Realizan una carrera profesional muy convincente, en algunos casos con temas que no hubieran podido desarrollar en España, como es el caso de Ignacio Soldevilla, que había leído una tesis de licenciatura sobre Max Aub nada menos que dirigida por Joaquín de Entrambasaguas, pero que era evidente que no podía hacer una tesis doctoral sobre Max Aub en aquella España, lo que sí puede hacer en el momento en que llega a Canadá y trabaja allí. Es decir, hay una generación que pudieron haber sido maestros, y debieron de hecho haberlo sido, de los alumnos españoles que, más o menos, tenían mi edad, pero que no lo fueron porque no había un número suficiente de plazas.

En realidad, hasta que en el año setenta no se promulga en España la Ley General de Educación que supone, entre otras cosas, un crecimiento exponencial de la universidad, no se amplían las posibilidades. Necesidad que se cubre fundamentalmente a base de profesorado contratado a precios irrisorios, pero eran contratos y podías trabajar en la universidad, que era en todo caso lo importante. Hasta entonces no se vuelve a producir, pero ya en otras condiciones, y creo que eso puede ser el final del

que hablaba hace un momento Mari Paz Balibrea. Una crisis de los estudios hispánicos, indudablemente, porque a lo mejor no habían acertado plenamente con lo que podían ser o no se habían asomado a nuevas técnicas, etc. y, sobre todo, porque en aquel momento lo latinoamericano se impone. Posteriormente, unos y otros, latinoamericanos y españoles, y esa mezcla curiosa de cine, novela contemporánea, teatro, poesía, feminismo... que hoy se estudia bajo el nombre común de estudios culturales, han contribuido a anegarlo todo y a establecer, en primer lugar, una globalización muy general de los estudios y, por otro lado, el que ya no se pueda hablar de migraciones, ni siquiera de migraciones intelectuales, porque, claro, todas son rápidas, todas son fugaces, etc. Y porque en todos los sitios se acaba haciendo lo mismo, en definitiva, incluido aquí.

Hablamos de unos años en los que yo he querido recordar, aunque fuera por un momento, a ese grupo importante de profesores que trabajó en Estados Unidos y que hizo una carrera brillante allí. Y también, por cierto, algunos norteamericanos que acabaron desarrollando una carrera medio española. Estoy pensado, por ejemplo, en Stephen Gilman, que escribe un primer trabajo sobre *La Celestina* que es la aplicación de las tesis, de las mejores tesis, de Américo Castro, al origen de *La Celestina* y que, por otra parte, acaba siendo gallosista, que es una tradición americana y que, evidentemente, era ya una tradición

americana. Galdós era ya un territorio, y en parte lo sigue siendo, del hispanismo norteamericano, pero que encuentra matices y variedades nuevas en los años setenta, cuando algún español que otro se incorpora también al galdosismo americano.

SM: Ya que hablas de Stephen Gilman e hispanistas no exiliados, José Olivio Jiménez, a quien yo conocí mucho en Nueva York, no sabía que no era español, sino que hacía muchos años que había llegado a Estados Unidos desde Cuba hasta convertirse, en cierto modo y como él mismo lo decía, en un hispanista español. Lo que quería añadir es que cuando se habla de exiliados o emigrados que tenían la intención de llegar a Estados Unidos para ser profesores porque a lo mejor sus trabajos en otros sitios les resultaban aburridos y restringidos, o el caso que ya mencioné de Nicolás Sánchez-Albornoz, hijo de ilustres exiliados que también hubo de marcharse de Buenos Aires y llegó a Estados Unidos, nos encontramos con la existencia de varias capas en muchos casos. Al igual que quienes fueron a Puerto Rico, como María Zambrano, que nunca fue a Estados Unidos pero que es un caso ejemplar de vida errante por América y Europa a la que menciono ahora para traer a colación el caso de ciertas mujeres exiliadas en Estados Unidos escasamente recordadas. Como la profesora Concha de Albornoz, que impartió clases en Mount Holyoke College, en Massachusetts, y de la que no se habla

en casi ninguna parte (José-Ramón ha publicado un interesante trabajo sobre su trayectoria), que fue quien llevó a su amigo Luis Cernuda a este centro durante un corto periodo. O Rosa Chacel, que llega a Estados Unidos becada y que aunque nunca impartirá clases, sí dará conferencias siendo una novelista poco conocida que empieza a tener cierta importancia a partir de esta beca que le consigue Severo Ochoa en Nueva York. O alguien como Victoria Kent, que nunca fue profesora, pero que también tuvo un gran impacto en el exilio con la promoción de la revista *Ibérica* en Nueva York. Es decir, existen contactos y actividades que se produjeron alrededor de estas mujeres que coincidieron en esta ciudad, ejemplo de la existencia no recordada de otras mujeres exiliadas, como Solita Salinas, que fue asimismo profesora universitaria en Norteamérica.

SF: Creo que existe una conexión entre las tres intervenciones que acabáis de hacer: la salida como apertura puramente profesional que también muchas veces es una apertura ideológica o académica (Max Aub, imposible de trabajar aquí en España, sí se podía trabajar en Canadá). Me imagino que a muchos de los que salen, exiliados o no, después se les abren otros campos ni siquiera pensados: a fin de cuentas, están en otro medio y tienen ya otra dinámica e influencias intelectuales, otras exigencias institucionales incluso. Hay, pues, un desarrollo del campo en las varias



generaciones que están en Estados Unidos que crea *otra genealogía intelectual*, otra serie de discípulos y disípulos de discípulos, árboles genealógicos de intelectuales y profesionales extensísimos por todo Estados Unidos. ¿Hasta qué punto hay después una retroalimentación de esas genealogías hacia España? Porque lo que tú describes, Mari Paz, cuando vas a estudiar a San Diego, se produce en 1990, y para entonces el exilio no existía aquí y lo descubres en Estados Unidos, ¿no? Entonces, obviamente ha habido una falta de retroalimentación, de vuelta de esa genealogía creada en Estados Unidos a España. ¿Hasta qué punto todavía hace falta hoy una reintegración de cuanto se realizó y vivió en Estados Unidos y hasta qué punto sí se dio ese regreso o aprovechamiento de lo producido allí? Digo aquí, en la universidad española, en los departamentos de Filología española, por ejemplo.

JCM: Bueno, hay un momento en que se produce la modernización de los departamentos de filología española que, por supuesto, es variable, según las universidades y según las personas, porque a veces son las personas las que importan mucho. Yo decía hace un momento que leí por completo los *Campos* de Max Aub y algunos otros libros suyos y muchísimos libros de Sender porque un catedrático de Zaragoza, no demasiado aficionado a publicar pero hombre inteligente y leído, Francisco Ynduráin, los había comprado. Y porque en la inti-

midad, porque Ynduráin era muy cauto, reconocía que él había sido discípulo de Unamuno en Salamanca, que se carteaba con José María Quiroga Plá, el yerno exiliado de Unamuno, y conocía a todos estos escritores; además, posiblemente de lo que más presumía don Francisco Ynduráin era del inglés que hablaba, digno de un británico, y entonces leía un montón de cosas. Blecua, por ejemplo, otro que fue maestro mío directamente pero en este caso en Barcelona, sí había estado en Estados Unidos invitado. Era conocido, apreciado, había escrito conjuntamente con Ricardo Gullón el primer libro sobre la poesía de Jorge Guillén que se publica en España; no había más que uno antes escrito por Casaldueiro, pero editado en Argentina, y que ellos conocían y tenían, por otra parte. Es decir, que ahí había otro tipo de contactos, de retroalimentaciones, que en otros sitios eran más infrecuentes. Cuando a inicios de los setenta realicé la adaptación de la *Historia de la literatura española* británica de R. O. Jones, que había descubierto Francisco Rico y que habíamos leído los dos y nos había parecido muy bien, entonces me encargué de hacer una adaptación. Bueno, en el último libro, en el de Gerald Brown, prácticamente (el pobre Gerald Brown ya había muerto) tuve que escribir algunos trozos apócrifos que figuran entre corchetes, pero que son efectivamente apócrifos. Bueno, pues yo recuerdo a colegas de la Universidad de Madrid que decían: “para qué queremos que se traduzca esto

del inglés si no tienen ni idea”. Es decir, aquella historia era muy mal considerada en muchas universidades y, sin embargo, tuvo mucho éxito y se convirtió en otras bastantes universidades, sobre todo porque profesores jóvenes lo quisieron, en un manual que todavía funciona hoy en día. Pero inicialmente, personas de una cierta edad y departamentos completos, la vieron como un intrusismo indeseable en el marco de una historia de la literatura española de la que en aquel momento, la más eximia representación era el manual de don Ángel Valbuena que, como todo el mundo sabe, don Ángel Valbuena estropeó concienzudamente después de la edición de 1937 (que es un libro espléndido) y lo convirtió en aquella especie de bernardina que son las sucesivas ediciones en tres volúmenes.

La conclusión es que, como siempre, había un limitado *feedback*, entre unas cosas y otras, y que se daba esa retroalimentación de la que tú hablabas, Sebastiaan, pero siempre parcial, por supuesto. Hasta que decididamente las cosas se abren y, en el fondo, nadie sabe cómo, porque de las cosas solemos saber antes su realidad, las recientes, que su historia. La historia es el pensamiento que elaboramos sobre la evolución y las razones de la evolución de las cosas, pero en principio, incluso en lugares como la universidad, a veces las cosas parecen haberse producido espontáneamente, algo que no es cierto, claro. Pero pasó eso, sí, porque hubo efectivamente un cambio.

SF: Vosotras que estáis las dos fuera de

España, ¿cómo veis ese posible regreso de lo desarrollado, por ejemplo, en Estados Unidos a la filología española?

SM: Yo creo que eso lo preguntaría a los que están aquí. Que lo diga yo, me parece no sé... [risas]. Yo lo que estaba pensando acerca de esta historia de la literatura española, por ejemplo, en la que ha hecho un trabajo tan importante José-Carlos, era en la iniciativa de Carlos Blanco Aguinaga con Iris Zavala y Julio Rodríguez Puértolas, *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, que fue para mí muy importante porque me dije: “ah, bueno, ahora esto lo veo más claro”. Y no sé hasta qué punto impactó en España.

JCM: Mucho.

MPB: Mucho y malamente, algunos de los que están aquí podrían hablar bastante de eso [risas].

JCM: Sí, la verdad, yo hice una reseña bastante cruel del libro en *Ínsula*, así que no me ocultó [risas].

SF: Podemos abrir un poco el debate al público.

Olga Glondys: Mi opinión es que cuesta un poco recuperar otras narraciones hispanísticas en España, como se puede observar en las dificultades que ha tenido la literatura latinoamericana para entrar a formar



parte de los programas de los departamentos universitarios españoles, como ocurrió, sin ir más lejos, en esta propia universidad hace algunos años.

JCM: El caso de la literatura latinoamericana en España, aspecto que no hemos tratado, es un agujero negro en la historia de las humanidades españolas. Yo creo que en buena parte no solamente debido a la ignorancia y vanidad, que las hay, sino fundamentalmente debido a prejuicios puramente académicos. Es decir, en principio la literatura hispanoamericana, como se decía entonces, latinoamericana, como hoy decimos y prefiero también decir yo, es patrimonio de gente muy vinculada al régimen franquista, que conservan celosamente ese patrimonio, profesores que, además, sabían muy poquito, verdad, de la cuestión. Y eso de algún modo segrega como una sombra de sospecha sobre los estudios latinoamericanistas posteriores. Y cuando en los años setenta se da el proceso de apertura en la universidad y las posibilidades de trabajar las cosas sin prejuicios se desarrollan, se encuentran con que no hay apenas americanistas en plantilla y que los pocos que hay no encuentran trabajo porque todo se intenta aprovechar, pero por una pura función de supervivencia para los jóvenes estudiantes que han hecho el doctorado y antes la carrera dedicados solo a la literatura española. Cosa que beneficia, por ejemplo, mucho a los de contemporánea en aquel momento porque había más.

Y dentro de ese agujero negro hay una historia que quiero contar aquí porque yo la he vivido en parte en esta propia Universidad Autónoma de Barcelona, donde yo he dado la literatura hispanoamericana, dicho sea de paso. La absoluta cerrazón con respecto a una generación entera de profesores chilenos, argentinos, uruguayos, etcétera, que vinieron aquí y que no encontraron trabajo o que lo encontraron en situaciones laborales absolutamente lamentables. Personas que eran primerísimas figuras y que hubieran podido cambiar en dos patadas el planteamiento bastante arcaico de la literatura latinoamericana entre nosotros fueron profesores ayudantes. Daban clases o ni tan siquiera las daban. Manolo [Aznar Soler] podrá contar en qué condiciones conocimos a Luis Mario Schneider, que era un profesor argentino inteligentísimo, valiosísimo, que trabajó contigo [Manuel Aznar Soler], que dio alguna clase en esta Universidad Autónoma de Barcelona, pero muy poca cosa más. Ángel Rama, cuyo hermano Carlos estuvo aquí, fue también otro caso que pasó por España y pudo hacer bien poquita cosa. Ahí sí que realmente hubo una situación en la que yo recuerdo incluso posiciones de sindicatos, no diré de sindicatos de profesores, de sindicatos de clase, que se alzaron contra la posibilidad de que aquí se anduviera contratando gente o se sacaran plazas para gente que era de fuera. Gente que estaban en una situación muy penosa, reconocían, pero que bueno, aquí había españoles que tenían derecho

a hacer su carrera universitaria completa. Aquello fue un espectáculo lamentable que duró unos años...

MPB: ¿De qué años estamos hablando?

JCM: Estamos hablando, pues de los setenta, de los momentos de las dictaduras del Cono Sur que duran hasta el ochenta prácticamente, pero que vamos, a efectos académicamente fuertes, de exilio académico enorme, pues son fundamentalmente los setenta. En 1973 se produce el golpe de Estado en Chile, en Argentina en 1976, pero ya venía de antes, cuando en 1973 empieza a actuar la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina)... Es decir, son unos pocos años porque ya a finales de los setenta, los americanos, hartos, empezaron a regresar de nuevo a sus países y en las universidades que había entonces algo podían trabajar, etcétera. Pero ese periodo fue siniestro. Y éramos demócratas en aquel momento en este país, para mayor vergüenza nuestra.

María-Dolores Albiac Blanco: Yo tengo que contar, con vergüenza, absoluta, que era, cuando las dictaduras de los Videla y los Pinochet, secretaria general de Comisiones Obreras de Enseñanza de Cataluña. Y en una asamblea, casi por unanimidad, se votó que no se diera plaza ni entrada en la universidad ni en institutos a los profesores, psiquiatras, filósofos... que habían venido porque la primacía la debían de tener los profesores españoles y había que dejar

sitio para los estudiantes nuevos. A los pocos que nos opusimos a aquello, algunos eso hasta nos llevó a dimitir directamente, no nos sirvió de nada hablar del internacionalismo obrero y de la conciencia de clase. Comisiones Obreras de Enseñanza tomó esa decisión absolutamente asesina. Y además asesina para la propia cultura, para la propia ciencia. Aparte de para lo que, en principio, debería haber sido un sindicato de clase.

También quería aprovechar mi intervención para contar una cosa, puesto que veo a gente muy joven aquí. Entre los muchos fusilamientos que perpetró el franquismo, hay uno muy específico y sibilino en lo cultural contra el exilio. Cuando Homero Serís marchó de España exiliado, se dejó todas las fichas bibliográficas que tenía en su despacho. Pues bien, José Simón Díaz cogió todo ese fichero que era de Serís y lo utilizó para los sucesivos tomos de su *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. Una importantísima cantidad de fichas que figuran en sus libros son el resultado de un expolio, de un robo absoluto perpetrado por este personaje. Y otro fusilamiento es el que hemos visto los que cuando estudiábamos acudíamos a las ediciones de Clásicos Castellanos, muchas de las cuales leíamos con una especie de tira de luto que ocultaba a los verdaderos editores de la edición (como Tomás Navarro Tomás o José Fernández Montesinos) entonces exiliados, pero cuyos estudios y prólogos se aprovecharon impunemente. Fue literal-



mente el borrar la memoria de un exilio intelectual que era lo que comentábamos antes, el claustro que perdió la universidad española, los maestros que debimos haber tenido y que no tuvimos.

Manuel Aznar Soler: Sobre el agujero negro de la literatura latinoamericana, simplemente quiero decir que lo que ha explicado José-Carlos es rigurosamente cierto. Como bien sabes por tus años como profesor en esta universidad, José-Carlos, las clases de literatura latinoamericana siempre eran un problema porque no teníamos profesor y cada curso había que contratar a una persona por un sueldo miserable. Muchas veces se aprovechaban las estancias de profesores de universidades extranjeras, como Jaime Alazraki o Leda Schiavo, que disfrutaban de un año sabático en Barcelona y les divertía dar un curso aquí en contacto con nuestros estudiantes. Y, según me contasteis, hasta Vargas Llosa impartió la asignatura uno de los primeros cursos.

Pero al margen de esta cuestión que ha surgido en el debate, mi intervención se debe a que, volviendo más específicamente al tema de esta mesa redonda, deseaba recordar un episodio ocurrido en este Departamento que coincidió con el tiempo en que fui su director durante un par de años, concretamente entre 1983 y 1985. Me refiero a la política impulsada entonces por el gobierno del PSOE para la recuperación de cerebros, la mayoría de ellos exiliados en universidades norteamericanas, como también recordará José-Carlos. Fue entonces

cuando llegó a esta universidad Claudio Guillén, al igual que Carlos Blanco Aguinaga lo hizo entonces al campus de Vitoria de la Universidad del País Vasco. Como director del Departamento, que entonces se llamaba de Filología Hispánica y reunía a los actuales de Filología Catalana y de Filología Española, tuve que recibirlo y explicarle las condiciones de trabajo y su sueldo que, comparado con el de Harvard, era miserable. Pero lo importante es que la llegada de Claudio Guillén fue fundamental porque a él le debe nuestro Departamento el haber sido el organizador de los estudios de teoría de la literatura y de literatura comparada. Es un buen ejemplo de cómo el legado del exilio republicano influye positivamente en un ámbito académico porque la docencia e investigación de Claudio Guillén me parecen decisivas para el impulso en nuestro país de estos estudios.

JCM: Y perdona, Manolo, antes de que se me olvide. Tu intervención me ha hecho recordar que, a principios de los setenta, también tuvimos entre nosotros en la Autónoma de Barcelona a José Fernández Montesinos, creo que durante dos años. Dando lo que a él le apetecía pues trabajaba en siglo XVIII, lo seguía haciendo en novela española (Galdós, etc.)... Fue cuando todavía la Autónoma tenía su sede en Sant Cugat del Vallés, antes de trasladarse a Bellaterra.

SM: Quería comentar una cosa. Lola ha hablado de Homero Serís, al que, claro, yo

no conocí nunca, pero que estuvo durante los años cuarenta en el Brooklyn College de Nueva York y luego en Syracuse University. Y me han contado que su labor fue importantísima para lograr traer a Nueva York a muchas personas de España. Por eso me parece si cabe más lamentable ese “asesinato” suyo en su país al compararlo con el hecho de que luego fuera un enlace determinante para el exilio desde Nueva York.

SF: Quiero intentar abordar otro tema que, al menos a mí, siempre me ha interesado: la idea de que las estructuras institucionales de por sí encarnan ideologías. Por ejemplo, los planes de estudio, las jerarquías en los departamentos, la forma en que la universidad se organiza en diferentes campos de estudio encarnados en departamentos que siempre buscan su propia supervivencia, etcétera. Me ha interesado mucho tu comentario, José-Carlos, acerca de esa sombra de sospecha que había sobre los estudios latinoamericanos a causa del franquismo.

¿Hasta qué punto se puede decir lo mismo en el caso la Filología Española como campo académico, y además como un campo privilegiado dado que, claro, se trata de la cultura nacional. ¿Hasta qué punto ese peso institucional de la filología en España ha hecho que genealogías alternativas como la de los hispanistas en Estados Unidos, donde ese campo no tenía ese peso y por tanto se pudo desarrollar de otra forma,

no tuvieran desarrollo? ¿Hasta qué punto contribuyó esa inercia, ese papel como el jugado, por ejemplo, en el caso de lo latinoamericano que habéis señalado? Muchos de los que salen al exilio descubren otras filologías y, según los testimonios de sus discípulos, bastantes de ellos florecen, les va muy bien en estas otras estructuras. ¿Hasta qué punto eso no se pudo reincorporar debido al papel que tiene en un país su filología nacional?

JCM: Te voy a contestar porque además he leído otras cosas tuyas referentes a este problema y a esta forma de ver las cosas, incluso alguna referida a mí mismo. Es un hecho tan normal esa hegemonía, digamos, de la literatura española, pero no tanto como literatura nacional sino como la literatura más representativa (la más grande, por otra parte) de todas las que hay en el Estado, como es un hecho absolutamente normal que en una historia de la literatura catalana no se mencionen a los escritores catalanes que escriben en lengua castellana.

SF: ¿Eso es normal dices?

JCM: Sí, me parece normal. Es decir, ten en cuenta que, al lado de la historia de la filología española, que por supuesto es la más larga porque entre otras cosas es la que tiene seguramente más expectativas de crecimiento, la que tiene mayor proyección internacional, en este país se ha desarrollado históricamente, y ya desde principios de



siglo, la historia de las filologías catalana y gallega, e incluso de la vasca, aunque un poquito menos porque ha estado muy condicionada, entre otras cosas, por lo clerical y por el cariz muy conservador de los estudios de filología vasca. Pero los casos de la filología gallega y de la filología catalana son distintos. La gallega tiene incluso un pedigrí bastante progresista (el Seminario de Estudios Gallegos se funda en los años veinte, si no recuerdo mal) que es enormemente importante y sigue vigente. Es más, ambas siguen vigentes incluso después de la guerra civil, pasado un periodo, digamos, de cautela, y se siguen publicando libros en gallego como se siguen publicando libros en catalán. Inclusive en el caso catalán, parece absurdo decirlo, con notables precauciones por parte del Estado. Hay un aspecto que comentaba no hace mucho con Josefina Gómez Mendoza, que está interesada en estos temas, y con algún otro profesor ya de edad, acerca de que no hay una explicación clara de por qué el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que es esencialmente centralista, que crea su sede en Madrid, etcétera, por qué, decía, una de las primeras cosas que hace es crear una co-sede en Barcelona donde trabajan personas de pasado catalanista evidente. Conservador, por supuesto, faltaba más, pero es que la mayoría son conservadores. Por eso decía antes que hay una pequeña diferencia entre una cierta tradición no diré revolucionaria, pero sí por lo menos de corte progresista en el caso del galleguis-

mo histórico, y una tradición que es fundamentalmente conservadora en el caso del Institut d'Estudis Catalans y el desarrollo del catalanismo posterior, que sigue presente durante la posguerra.

Ahora veía hace un momento el cartel de un homenaje mercedísimo que se ha dedicado en esta universidad a Joan Amades, el gran folclorista catalán, que inició su trayectoria y su compilación de tradiciones populares catalanas antes de la guerra civil y la siguió después durante la posguerra al igual que sus publicaciones. El máximo libro de Joan Amades sale aquí a finales de los años cuarenta en una edición preciosa en papel biblia. Y lo mismo ocurre con el *Diccionari català-valencià-balear*, obra anterior a la guerra que prosigue después de la guerra de la mano de las mismas personas. Otra cosa es, naturalmente, los que tenían otro tipo de responsabilidades políticas y que se exilian, pero lo otro sigue vivo. Y el problema es que sí que ha habido siempre una idea clara y paladina: la filología catalana era la filología catalana y para ella, como es lógico, el problema de la existencia de una segunda lengua en Cataluña y de una segunda lengua literaria pues es algo coetáneo pero de lo que no da cuenta. Cuando hacemos una historia de la literatura española, en mi caso por ejemplo, se dan algunas explicaciones al propósito en el prólogo. De hecho, lo que yo hago es introducir la obra castellana de escritores catalanes, algo que no es frecuente. Busca el sitio donde se hable de los artículos pe-

riodísticos de Joan Maragall, que están todos escritos en castellano, incluido alguno tan famoso como el “Elogi de la Paraula”, cuyo original es castellano. O el caso d’Eugeni d’Ors, cuya obra es castellana a partir de un determinado momento.

SF: Es un tema que me interesa mucho porque en Estados Unidos esa tradición filológica de separar tan rigurosamente los campos según la lengua en que se escriben las obras nos resulta bastante ajena.

JCM: Claro, es normal en Estados Unidos.

SF: Me interesa saber si los que viven aquí lo perciben como algo lógico o, no sé, algo más bien burocrático. Como si el problema fuese más bien que una sola persona no puede abarcarlo todo, una especie de división laboral, o si fuera como una camisa de fuerza que simplemente existe y que es difícil que nadie cambie por los intereses y partidos creados... Creo que hace un tiempo, Manolo, habíamos discutido sobre el tema y me habías comentado que, por ejemplo, inicialmente en esta universidad el Departamento de Filología Catalana y Española estaban unidos y que la separación se produjo por decisión de ellos, quienes prefirieron estar separados.

MAS: Sí, eso es verdad y José-Carlos lo puede atestiguar. Yo fui director de un Departamento compuesto entonces por

las actuales Filología Catalana y Filología Española. Y sí, la división fue puramente política.

JCM: Y la unión había sido obra y pensamiento del primer historiador de la literatura catalana del siglo xx, que era Joaquim Molas. Molas consideraba que los alumnos debían hacer, y no a todos ellos les gustaba por igual, el primer ciclo de filología catalana y de filología española, y luego optar en el segundo ciclo por una o por otra. A mí me parecía bien también, una idea estúpida que se hiciera así, pero lo rompieron los de filología catalana. Y en el fondo reconozco que obedecían a una constante histórica perfectamente comprensible. Evidentemente, no digamos en Estados Unidos, donde los estudios filológicos poseen una naturaleza un poco distinta del modelo francés, por ejemplo, que es el que tenemos en España, la suya es una perspectiva más cultural. Aquí se ve como algo normal. La filología catalana es un ámbito y la filología española o castellana, como se prefiera, es otro, y la filología gallega es otro.

Fernando Larraz: Yo entiendo que esto proviene, como decía ahora José-Carlos, de una tradición diferente. Aquí los estudios literarios son estudios filológicos principalmente, y es a lo que estamos acostumbrados, con sus limitaciones y con sus ventajas. Y hay otros ámbitos, como la pedagogía a la que se aludió hace un rato, en la que predomina lo cultural sobre lo estricto-



tamente pedagógico y no sé si este choque de prácticas académicas fue enriquecedor para los exiliados o supuso un problema; o si para cada caso supuso algo distinto. Yo os quería preguntar si este es uno de esos casos que mencionabais antes, el de una tradición académica española que se tiene que conservar o modificar por parte de los exiliados que llegan a Estados Unidos.

Y hay otros ámbitos, como la pedagogía a la que se aludió hace un rato, en la que choque de prácticas académicas

SF: Para empezar, muchos de los exiliados que acaban enseñando filología en Estados Unidos no son filólogos, son otra cosa, como el caso de Francisco Ayala al que nos hemos referido, José Ferrater Mora, Antonio Sánchez Barbudo... Automáticamente, esa gente acaba dando clase de otra forma porque no están entrenados en un sistema filológico, digamos.

FL: Aunque también están los que sí provenían de esta tradición: Salinas, Montesinos, Guillén, etcétera, y entiendo entonces que habría una división entre estos dos tipos de profesores.

JCM: A los más listos, algo se les pega [risas]. Yo estoy convencido, por ejemplo, que lo que hace Pedro Salinas, compañero y amigo de Leo Spitzer (y sé que existe correspondencia entre los dos, escrita indistintamente en francés y español), en sus libros sobre Rubén Darío o Jorge Manrique

es algo que podría haber escrito el propio Spitzer. Son estudios spitzerianos de punta a cabo.

Mar Trallero: Volviendo al tema de la separación entre las filologías catalana y castellana, creo que hay también una problemática ligada a prejuicios. Y lo enlazaría con lo que antes mencionaba Shirley, los prejuicios que se dan cuando se habla de literatura de mujeres frente a la de los hombres, la de las exiliadas frente a la de los exiliados. Se elabora un estudio sobre los exiliados y muchas veces, todavía ahora, no encuentras siquiera a María Zambrano. No se estudia a fondo que las mujeres, efectivamente, formaron parte del exilio y que no se puede entender el exilio, en toda su complejidad, si no se las incluye. Porque o bien participaron desde el ámbito doméstico o bien participaron, al igual que sus compañeros, en el ámbito intelectual. Creo que a esta cuestión tampoco se le ha dado visibilidad en el estudio acerca de los exiliados en Estados Unidos. Y enlazaba los dos temas porque en Estados Unidos, muchas veces, cuando se imparten cursos de literatura española se incluyen a autores catalanes, que escriben en catalán...

JCM: Pero traducidos al castellano.

SF: Pero se enseñan.

MT: ...Efectivamente, salvo en algunas universidades grandes, importantes y pres-

tigiosas, el catalán apenas si existe en Estados Unidos y se recurre a traducciones. Pero, por ejemplo, Rodoreda, es el caso de una mujer y escritora catalana que se incluye en muchas clases, como creo que, sin ir más lejos, tú has hecho, Shirley.

SM: Sí, la llamo Mercè porque no sé decir bien su apellido y en clase la llamamos Mercè [risas]. Ahora que estamos hablando de filologías distintas, me gustaría volver a un tema al que antes se aludió y que viví en primera persona. Tras el final de la guerra civil y luego de la segunda guerra mundial, en casi todos los departamentos de Estados Unidos lo único que había era filología española. Cuando yo empecé a estudiar ya estaba presente el *boom* latinoamericano. Por decir una fecha, hasta los años setenta, los estudiantes de doctorado habían estudiado literatura española y sus tesis eran sobre esta literatura. Pero en los años setenta empieza a haber muchísima actividad de estudios latinoamericanos, se abre una gran brecha y se producen unas luchas tremendas en las universidades estadounidenses, a veces hasta marcadas por el odio. Fue un cambio radical, del día a la noche, que pude observar en las múltiples universidades en las que estudié, trabajé o impartí conferencias. Los estudiantes pasaron a estudiar y a escribir sus tesis sobre literatura latinoamericana y a decir que no les interesaba para nada España.

SF: Sí, tienes razón y tiene que ver con

ese flujo de exiliados latinoamericanos del que hablábamos y también con algo que a mí me interesa particularmente: ¿qué es lo que atrae a una persona no hispana a estudiar el español o las culturas del mundo hispanohablante? Bueno, a partir del año 1959 es la política, básicamente, como también lo había sido a partir del año 1936 en relación con España. Muchas personas se convierten en hispanistas por la guerra civil española, porque de repente España es una causa política justa, la gente se involucra, se enamora del país, aprende su idioma, lee a sus escritores... Cuando vence Franco, en cierto esto se muere. Incluso hay casos concretos, como el de Jean Franco, una latinoamericanista de mucho renombre, que empieza como peninsularista pero que viaja a Guatemala, descubre Latinoamérica y, claro, le resulta mucho más interesante que la España de Franco. Y así hay más trayectorias académicas. De este modo, creo que en los años cincuenta, sesenta y setenta aquello que atrae de lo español, de aprender el idioma primero y luego conocer sus culturas es la política, y por entonces España tiene poco que ofrecer en ese sentido. Y también los exiliados tienen poco que ofrecer en ese sentido, porque la imagen que proyectan es una imagen de conservadurismo.

JCM: Y añade la calidad literaria de la producción latinoamericana de los años sesenta que, además, entra en el mercado de Estados Unidos enseguida. ¿Quién no



conoce a Gabriel García Márquez, a Carlos Fuentes, antes a Jorge Luis Borges, que se traducen de inmediato? Claro, es que es deslumbrante. A mí mismo me ocurrió, tuve mis dudas acerca de qué hacer, a qué ámbito dedicarme en aquellos mismos años.

SF: Podrías haber sido latinoamericanista.

JCM: Escribí un libro sobre eso [risas].

SF: También hay otra hipótesis interesante. Si hay cierto españolismo entre los exiliados hispanistas, un enfoque sobre todo en lo español, puede ser también *efecto* del exilio. Pues en realidad se trataba de una generación muy cosmopolita: hablaban francés, leían en alemán, pasaban largas temporadas en París, bastantes de ellos se casaban con extranjeras y extranjeros... Y, sin embargo, el acabar en un departamento de Filología Española en Estados Unidos hace que se conviertan en españolistas. Además, claro, de la existencia de un aislamiento cultural, una problemática idiomática, etcétera. Como también ocurrió en México, toda esa línea que representan proyectos como *España Peregrina* y que tiene que ver con el choque y desplazamiento cultural y vital que supone el exilio, así como con la necesidad de montar una estructura que de igual modo diera sentido a todo eso.

SM: Hay que recordar también que la

cultura en los Estados Unidos se orientaba hacia Europa, era de un eurocentrismo total. En parte porque proveníamos de familias europeas, en mi caso de italianos, etcétera. Y entonces, Latinoamérica: ¿qué era eso? Hasta que no pasó lo de Cuba, no sabíamos ni que existía. Así era. Estoy hablando de pueblos, claro, no de Nueva York.

SF: Inicialmente, el español como lengua no es tomada en serio. Y todavía no lo es a día de hoy muchas veces, la verdad, pues se sigue viendo a efectos utilitarios, o como un idioma más fácil y más pragmático comparado con el alemán o el francés. Hay una lucha por el prestigio que se libra a partir de 1917 cuando, como resultado de la primera guerra mundial, el alemán desaparece casi de un día para otro y al abrirse ese hueco salta el español. Hay maestros y profesores de alemán que se reeducan para enseñar español. Y el español entonces es el idioma del futuro porque te permite comerciar con Latinoamérica, aunque siempre llegue, por razones de prestigio, a través de España, que es el origen, que es Cervantes...

JCM: Por razones de prestigio y una guerra. Porque estoy pensando que la financiación del proyecto de Juan Ramón Jiménez de historia de la poesía latinoamericana, incluida la española, tiene bastante que ver con la política de Estados Unidos hacia Latinoamérica entre 1940 y 1949, en que to-

avía coleaba. Que era la idea de tratar lo mejor posible a los vecinos del sur no vaya a ser que estos se vuelvan nazis.

MDAB: Una circunstancia muy tremenda de los españoles exiliados en Estados Unidos fue que a partir del momento en que empezó a fluidificar la relación diplomática con la España franquista, se les pone la vida muy difícil administrativamente hablando porque son considerados *rojos*. Son republicanos, son gente de izquierda y, claro, con el macartismo empeora su situación. Es un fenómeno que probablemente habría que estudiar más. En mi caso, hablando con algunos exiliados en Estados Unidos o con gente de la familia de los García Lorca o de los Giner, contaban que, con el macartismo, el exilio republicano español pasó a ser sistemáticamente sospechoso. Y me parece que es algo de lo que sabemos bien poco. Hay noticias sueltas de lo que al parecer fue una especie de hachazo, incluso con expulsiones de la universidad.

JCM: Hay una víctima muy conocida: Buñuel.

SF: Sí. O Rubia Barcia, amigo de Buñuel, que acaba en la cárcel, ¿verdad? La historia de la vigilancia a los exiliados comienza desde el momento en que entran a Estados Unidos, no sólo con la guerra fría; el Comité de Actividades Norteamericanas se funda en 1938. Sería muy interesante escribir un libro a partir de estos expedien-

tes, que se pueden pedir ya que la ley estadounidense es buena en el sentido de que no te los pueden negar, aunque sí tacharte bastantes cosas. Si se quiere hacer con un poco de rigor, se tiene que pedir a varias instancias (FBI, CIA, Departamento del Estado...), pues existen diferentes archivos. Así podríamos después compaginar los expedientes franquistas con los expedientes norteamericanos y montar una nueva historia [risas].

Muy bien. Creo que lo tenemos que dejar aquí. Muchísimas gracias a Mari Paz Balibrea, a José-Carlos Mainer y a Shirley Mangini por haber participado en esta mesa redonda sobre el hispanismo norteamericano y el exilio republicano de 1939.